

TAMPOCO, A MI, ME HABLÓ NUNCA DE AMOR...

COMEDIA ORIGINAL

DE

TERRÓN DE TIERRA

NOTAS

- Decorado único para toda la representación.
- Sala de estar o antesala de la habitación de una Clínica de lujo.
- Lugar de descanso para las visitas o espacio para recibirles la familia, sin molestar al enfermo.
- Una puerta a la izquierda, siempre desde la referencia del espectador, comunica con la habitación del enfermo.
- Al fondo un gran ventanal que comunica con el exterior, se divisa un paisaje urbano; tal vez los árboles de un parque, otro edificio, etc.
- A la derecha otra puerta es la de entrada a la sala y paso obligado para la habitación del enfermo.
- El mobiliario consta de un amplio sofá, dos sillones una mesa de centro.
- Hay diversos cuadros convencionales diseminados por las paredes, en un vano intento de darle cierto aire de auténtica sala de estar familiar.
- Cuatro sillas mas, situadas dos a dos, junto a sendas paredes completan el decorado.

PERSONAJES

(Por orden de aparición)

- BERTA: Aproximadamente 30 años. Guapa, atractiva y viste elegantemente aunque algo o bastante provocativa.
- PILAR: Enfermera. Unos 50 años (no es significativa la edad en este personaje), viste con el uniforme profesional de la Clínica.
- MARINA: Más cerca de los cuarenta que de los treinta. No es fea, tiene buen tipo, viste con elegancia pero no resulta tan provocativa como Berta.
- ASUNCIÓN: Mujer de unos de 45 años o así, madre de Gabi. Viste elegante, pero sencilla, da la imagen de la mujer tradicional dentro de la clase media, con tendencia a subir un peldaño.
- ERNESTO: Aparenta, como su esposa Asunción, unos 45 años. Viste con elegante sobriedad.
- EMILIA: Joven de unos 30 años. Viste ropa informal, muy lejos de como aparecen en escena Berta y Marina. Puede que la ropa de ella sea tan cara como la de éstas, pero difiere, y bastante, en el estilo. Diríamos que Emilia está mas preocupada de disimular sus encantos; que a buen seguro los tiene, que de evidenciarlos. Es guapa, bella, pero no es de una belleza tradicional. Su encanto no se percibe a primera vista.
- JOSÉ ÁNGEL: Esposo de Berta. Un hombre que ha hecho del deporte, el fútbol, su razón de ser. Viste de vaqueros; muy probablemente con camisa a cuadros. Cuando las circunstancias le sacan de su mundo se pierde, y se le nota.

PRIMER ACTO

Al alzarse el telón vemos la escena vacía. Enseguida asoma por la puerta de la derecha, la que comunica con los pasillos de la Clínica, Berta. Mira a un lado y a otro pero no ve a nadie, sin embargo observa que la puerta de enfrente, la que comunica con la habitación del enfermo está abierta.

Oye cierto trajín dentro, lo que le permite pensar que alguien está realizando alguna labor de limpieza o preparando la habitación.

Se adentra un poco sin atreverse a entrar hasta la puerta de la habitación del enfermo.

Comienza la acción cuando Berta empieza a hablar.

BERTA: ¡Buenos días, ¿hay alguien?

(Sale una enfermera de la habitación)

ENFERMERA: Si, buenos días, ¿qué desea?.

BERTA: ¿Es la habitación de Gabriel Liñán?

ENFERMERA: Si, pero aún está en el quirófano. Le pasaron desde la U.C.I., donde ingresó anoche, hace relativamente poco tiempo. ¿Es usted familiar?

BERTA: No, amiga solamente. ¿La familia dónde está?

ENFERMERA: Arriba, a pie de quirófano, no aguantaban los nervios aquí; suele pasar.

BERTA: Ya, entiendo; también soy Enfermera. Trabajo en el Hospital de Santa Mónica.

ENFERMERA: Entonces que te voy a explicar yo que no sepas tú.

(La veterana Enfermera, haciendo gala de un corporativismo muy natural enseguida utiliza un familiar tuteo, que es correspondido por Berta.)

BERTA: ¿Sabes como está? ¿Venía muy grave?

ENFERMERA: Le trajeron en una U.C.I. Móvil, pero eso no quiere decir nada, porque ya sabes, aunque es un chaval, ¡solo tiene dieciocho años!, ya es una pequeña celebridad. ¡Ahí es nada!, una figura en ciernes del balompie nacional. Los golpes en la cabeza nunca se sabe como van a resultar. Lo mismo derivan hacia una lesión grave, que en un par de semanas están de nuevo metiendo goles.

BERTA: ¡Dios te oiga!, porque es una verdadera pena. Un chico tan joven...

ENFERMERA: Y tanto. A todo esto ¿has dicho que eres amiga suya o de la familia?

BERTA: Vamos a ver, mi marido era su entrenador hasta que ha dado el salto a Primera División, por eso le conozco mucho y tenemos cierta confianza, pero a la familia apenas la hemos tratado; sobre todo yo. Mi marido si, algo mas.

ENFERMERA: Si quieres puedes quedarte a esperar aquí, pero aún tardarán un buen rato, si es que le bajan hoy. Puedes estar tranquila, está en buenas manos, el doctor Morales es una eminencia; bueno, ya habrás oído hablar de él.

BERTA: ¡Hasta le conozco personalmente!, pero no tengo confianza con él. Si no te importa me voy a quedar aquí a esperar, porque es muy probable que venga otra buena amiga, así no tiene que andar preguntando.

ENFERMERA: ¡No mujer!, ¿que me va a importar? Si para eso está la salita de espera. Además, así no tengo que cerrar y me voy más tranquila a mi faena, que ya sabes que nunca falta.

(En ese momento asoma por la puerta Marina)

MARINA: ¿Se puede? ¡Ah, si ya estás aquí, Berta! ¡Mujer, que madrugadora!

(Entrando)

BERTA: Es que estaba muy intranquila y apenas he pegado ojo en toda la noche.

MARINA: No me extraña, a mi me ha pasado lo mismo, lo que ocurre es que he preferido llevar antes a los niños al Colegio.

BERTA: Has hecho bien, así estás mas tranquila ahora.

MARINA: ¡Qué!, ¿se sabe algo ya?

BERTA: Eso estaba comentando con la compañera. Por cierto, *(dirigiéndose a la Enfermera)* Marina, también, es compañera mía; las dos trabajamos como Enfermeras en el mismo Hospital. Perdona, ¿no sé, si no me has dicho como te llamas o es que se me ha olvidado con los nervios?

ENFERMERA: Pilar; pero no te lo he dicho, perdóname tú.

MARINA: ¡Encantada!

ENFERMERA: Lo mismo digo. Bueno yo ya me marchaba. Tú amiga... Berta, ¿no?

BERTA: ¡Si!, Berta.

ENFERMERA: Ella te pondrá al corriente, aunque hay poco de que hablar ahora. Os dejo, hasta luego, y si necesitáis algo ya sabéis como dar conmigo. Aquí soy muy popular.
(Sale)

MARINA: *(Impaciente)* Cuenta, ¿que noticias tienes?

BERTA: Nada, le están operando y al ser un golpe tan fuerte en la cabeza, hasta que no le quiten el coágulo y pasen unos días para ver la evolución, no nos pueden decir nada. Primero ver como sale de la operación y después a esperar.
(Se sientan)

MARINA: ¿La familia?

BERTA: Están arriba, en la antesala del quirófano.

MARINA: ¡Vaya papeleta! Y en el momento más inoportuno, ¡hay que fastidiarse!

BERTA: ¿Que pasa, se ha confirmado lo tuyo?

MARINA: ¡A ver! ¿De dónde te crees que vengo, si no? De recoger los análisis. Lo del Colegio de los niños era para no decírtelo delante de la colega.

BERTA: ¿Y...?

MARINA: ¡Positivo, joder! Vamos, como un ciclista hasta las cejas de EPO.

BERTA: ¡Pues si que estamos bien!

MARINA: ¡Desde luego!.¿Y lo tuyo?

BERTA: ¿Lo mío?. Ya te lo dije. Lo mío es más que seguro.

MARINA: ¿Pero te has hecho pruebas?

BERTA: ¿Pruebas? ¿Para qué?

MARINA: ¿Para qué va a ser, mujer? ¡Para estar segura!

BERTA: ¡Pues no estoy yo segura ni nada! ¡Figúrate!, desde los catorce años que tuve la primera regla, he sido mas regular que Hacienda para cobrar el impuesto sobre la renta. ¡Así que calcula!

MARINA: ¿Y que vamos a hacer, entonces?

BERTA: ¿Qué quieres que hagamos? ¡Pues apechugar con lo que viene! A mí no se me ocurre otra cosa.

MARINA: ¡Claro!, lo dices tan tranquila porque en el fondo lo tienes fácil, no tienes más que encalomárselo a tu marido. Por cierto, ¿se lo has dicho ya?

BERTA: Si, hace un par de días. Estuve pensando si abortar o no, pero al final me he decidido a tenerlo. Por eso se lo dije.

MARINA: ¿Le hizo ilusión?

BERTA: Mucha, ya lo creo. Y como después de siete años ya no se lo esperaba, figúrate.

MARINA: ¡Vaya cuajo que tienes! Sabiendo que no es de él.

BERTA: ¡Eso lo dices tú! ¿Por qué no puede ser de él, vamos a ver? ¿O es que crees que nosotros ya no practicábamos?

MARINA: Desde luego no es asunto mío, pero mas de una vez me has confesado que solo una vez a la semana y no todas.

BERTA: ¡Vale!, puede que te dijera eso, pero tampoco hacía falta tomárselo al pie de la letra. De todas formas no sería la primera que se queda embarazada con solo hacerlo una vez. Por otra parte, cuando tuve mis primeras dudas, ya me encargué de mejorar las prestaciones de mi esposo.

MARINA: Vamos a ser serias, Berta. No me digas que si tu marido llega a satisfacerte como es debido, a buenas horas te acuestas con Gabi, ¿no es verdad?

BERTA: Mirando hacia atrás, no vamos a conseguir nada, Marina. Hazme caso. Ahora lo que tienes que hacer es tener un poco de paciencia, porque estoy segura que Gabi se va a recuperar, y después, cuando esté mas tranquilo, lo hablas con él que seguro no te va a dejar en la estacada.

MARINA: ¡Si, claro!, pero mientras ésto sigue creciendo y de aquí a poco se empieza a notar, ¿que hago?, ¿qué explicación doy a la gente, en el trabajo?, ¿a mi familia; sobre todo a mis hijos?

(En ese momento, antes de que le de tiempo a Berta a contestar, se abre la puerta y aparece una señora. Es Asunción, la madre de Gabi.)

ASUNCIÓN: ¡Hola, buenos días! Soy la madre de Gabi. Me ha dicho Pilar, la Enfermera, que estaban ustedes aquí y he bajado solo a saludarles y a agradecerles el detalle de haber venido a interesarse por el estado de mi hijo.

(Las dos, nada mas verla, se han puesto de pie).

¿Son amigas de Gabi.?

BERTA: Yo soy la esposa de su antiguo entrenador, en el Amanecer...

ASUNCIÓN: ¡Ah si, José Ángel! Ya me parecía que la conocía de algo. ¿Usted y yo nos hemos visto alguna vez en el fútbol, verdad?

BERTA: Si, creo que si, aunque nunca nos habían presentado. Marina, es compañera mía de trabajo. Ambas somos Enfermeras y en alguna ocasión, que José Ángel le ha recomendado a Gabi, algún masaje;

como ella, además de Enfermera es Fisioterapeuta, se ocupó de dárselos y gracias a eso se aficionó al fútbol, por lo que desde hace poco me acompaña a casi todos los partidos.

MARINA: Encantada.

ASUNCIÓN: Mucho gusto, pero siéntense, siéntense. Por desgracia parece que esto va para largo.

(Se sientan las tres)

Desde luego, hay que ver que mala suerte hemos tenido; sobre todo el pobre Gabi. Un chico tan joven, tan lleno de vida y con tanta ilusión como le había hecho fichar por un grande y pasar a profesional, siendo tan joven.

BERTA: Por lo menos está en buenas manos. De eso pueden estar muy seguros, que ya es una garantía.

ASUNCIÓN: Mi esposo, nada más pasar el accidente lo dijo, apenas le dieron el primer diagnóstico: A Madrid, vámonos a Madrid, que le trate el doctor Morales.

MARINA: ¿Estaban ustedes allí?

ASUNCIÓN: Sí, los dos. Como estaban con los torneos de verano y tenían tres partidos casi seguidos en Valencia, mi marido y yo, que estamos de vacaciones, nos fuimos para allá. Fue un porrazo de impresión. Gabi, que hay que reconocer que es muy fogoso para todo, pone demasiado ímpetu en lo que hace, se lanzó en plancha a un balón que iba junto al poste y dio la casualidad que el defensa se lanzó igualmente, para tratar de evitar el gol. El gol no lo evitó, pero estrelló su cabeza contra la de mi hijo y el poste. Los dos quedaron conmocionados, pero el golpe de Gabi fue mayor. El otro ni siquiera perdió el conocimiento. Después, pobrecillo, menudo disgusto tenía. Estuvo en el hospital y todo. Esta mañana, bien temprano nos ha llamado.

BERTA: Por lo menos es un detalle que ayuda a pasar el mal trago.

ASUNCIÓN: ¡Ya lo creo! Bueno, me van a disculpar, pero no estoy a gusto si no estoy a la puerta del quirófano. Ya se que allí no pinto nada, pero no lo puedo evitar.

(Se ponen las tres de pie)

Pasión de madre, será. ¿Son ustedes madres, acaso?

(Asunción, ofuscada en su problema, no se percata de la significativa mirada que se cruzan las otras dos mujeres)

BERTA: Ella ya tiene la parejita y yo estoy pendiente de confirmar que voy por el primero.

ASUNCIÓN: ¡Vaya, me alegraré que se confirmen los buenos augurios! Me alegro de haberles saludado y muy agradecida por su visita.

BERTA: ¡Gracias!, y no hay de qué.

MARINA: Lo que hace falta es que pronto podamos celebrar su total recuperación.

ASUNCIÓN: !Eso, eso, rezaremos por ello! ¡Hasta luego!

(Sale y ellas se sientan de nuevo)

MARINA: Muy joven la madre de Gabi, ¿no?

BERTA: ¡Mujer!, date cuenta de que Gabi solo tiene dieciocho años y es el mayor.

MARINA: ¡Pues quién lo diría, viéndole... en faena!

BERTA: La verdad es que si; aparenta mas años que los que tiene.

MARINA: No solo en los años, es su forma de ser y de comportarse lo que le hace parecer mayor. Yo, si no es porque me lo dijiste tú, nunca hubiera pensado que me estaba acostando con casi un niño; por la edad, me refiero, porque por lo demás, ¡caray con el niño!

BERTA: ¡Vamos, que da el pego!

MARINA: ¡Y tanto! Después de conocer a la madre, ¿cómo crees que se lo tomará, cuando se entere?

BERTA: Pero, ¿ es que estás pensando decírselo a ella antes que a Gabi?

MARINA: Pues la verdad es que no sé que hacer, pero yo tengo que dar una solución a esto cuanto antes, para saber a que carta quedarme.

BERTA: ¿Has contemplado la posibilidad de deshacerte... del *encargo*?

MARINA: ¡Uff, claro que sí!, sobre todo los primeros días de tener la duda sobre lo que ocurría no supe que hacer, pero se me pasó por la imaginación. Después pensé que no es ético y menos tomar una decisión así sin consultarlo antes con el padre de la criatura, que al fin y al cabo la mitad le pertenece y tiene derecho a opinar.

BERTA: Derecho, derecho, puede que tuviera; claro, si es que llegara a enterarse. Y eso, si tu quieres, no va a ocurrir. ¿Qué necesidad tienes de complicarlo todo?

MARINA: Berta, tu lo ves todo muy fácil porque en vuestro caso habéis tenido la suerte de cara. Tienes un marido que es tonto de baba, porque hay que ser rematadamente tonto, para no ver o por lo menos sospechar, que tras siete años de matrimonio, con la poca atención que le presta al asunto del fornicio, y lo casquivana que eres tú, te quedas embarazada de buenas a primeras.

BERTA: ¡Vamos rica!, eso de casquivana es un concepto que tienes de mi muy equivocado. Una cosa es que sea extrovertida, me guste vestir a la última y lucir el cuerpo gentil que me ha regalado la madre naturaleza y que yo cuido con primor. Otra que me dedique a coquetear con el primero que llega, o algo más como insinúas.

MARINA: Bueno, bueno, menos presumir de decente, que las dos sabemos que Gabi no ha sido tu primer escarceo amoroso.

BERTA: ¿Qué sabrás tú?

MARINA: Ni mas ni menos que lo que tú me has contado.

BERTA: ¡Bah, Marina!, no digas bobadas. A todas nos gusta presumir y contar batallitas, pero si te vas a creer todo, ¡apaga y vámonos! Es como si te cuento que me he acostado con Paúl Newman, y tú vas y te lo crees.

MARINA: No, no te salgas por la tangente, que no me puedes negar que cuando volvió por aquí aquel antiguo novio tuyo, bien que dejaste que te llevara al huerto. Menudos tres días de ajeteo me diste. Recuerda que hasta te hice una guardia para cubrirte.

BERTA: Pero eso, Marina, fue hace mil años y solo fue para recordar viejos tiempos. Ir al cine, salir a cenar, bailar: lo normal...

MARINA: ¡Ya, y un jamón con chorreras! O es que te crees que ya no me acuerdo de lo bien que lo habías pasado en su habitación y las comparaciones que hacías respecto a tu marido; porque según tú éste era mucho mas fogoso. Si quieres también te recuerdo lo del Celador de marras, que buena perra cogiste con él y las veces que me contabas como os encerrabais en el almacenillo de los medicamentos obsoletos...

BERTA: ¡Va, va, quita ya! Eso no son mas que historias tuyas, porque estas muy nerviosa por la situación, que además no vienen a cuento. Yo, por suerte o por lo que sea, estoy a salvo de esta polémica.

MARINA: Y a todo esto, José Ángel, ¿ni asomo de sospecha?

BERTA: ¡Natural!, es lo que tiene hacer las cosas como es debido. En el fondo estaba deseando, pero es enemigo de andar de médicos y no es que sea celoso, pero tampoco le hacía ni pizca de gracia que me anduvieran mirando y sobando.

MARINA: ¡Pues anda que si se llega a enterar de lo de Gabi; que eso si que era meter mano y...más!

BERTA: ¡Huy chica!, que afán tienes de complicarlo todo. ¿Por qué no te decides a abortar y haces por olvidar todo?

MARINA: Berta, aunque no te lo creas, tengo mis prejuicios morales. Por lado, si Gabi me echa una mano, tampoco me disgusta tanto la idea de ser madre.

BERTA: No te habrás hecho otras ilusiones, ¿verdad?

MARINA: No, claro que no, aunque soñar...nadie está libre de hacerlo.

BERTA: Marina, por todo lo que te aprecio te lo digo. Bájate de esa nube porque si no te vas a dar un porrazo de aúpa.

MARINA: Si tu supieras las conversaciones que tuvimos, a lo mejor no estabas tan segura.

BERTA: A veces pareces una cría, ¡coño!. ¿Es que todavía no has aprendido que cuando un hombre busca acostarse con una mujer, y no porque esté enamorado de ella, sino simplemente porque se ha encaprichado, miente sin ningún escrúpulo?

MARINA: No, si no me hago ilusiones, y te entiendo, pero quiero que sepa que tiene una responsabilidad y deberá afrontarla.

- BERTA: Lo que no entiendo, es que sabiendo a lo que te exponías, cómo no tomaste ninguna clase de precaución.
- MARINA: Tampoco parece que tú anduvieras muy lista en ese aspecto.
- BERTA: ¡Vaya manía que has cogido con las comparaciones! Lo mío no cuenta, porque tenía una buena coartada, si se daba el caso.
- MARINA: Me maravilla lo lista y espabilada que eres. De mayor me gustaría ser como tú. Entiende que hacía más de tres años que no tenía relaciones con nadie. Estoy a punto de cumplir los cuarenta y ya creía que había pasado el peligro. La primera vez que lo hicimos, aquella tarde que le llevaste a mi casa, pensé que por una vez no iba a pasar nada. De ninguna manera me imaginé que un chaval tan joven, que ya se acostaba contigo, se fuera a encaprichar conmigo. Mi sorpresa fue que apenas dos días después se presentara en casa con el pretexto de que le diera un masaje y pasó lo que pasó; ya te lo conté y tu misma me dijiste que por ti no había problema, siempre que no interfiriera en su relación contigo. Entonces me dí cuenta que había cierta posibilidad de que hubiera continuidad y es cuando comencé a tomar la píldora, pero bien se ve que ya era demasiado tarde o que no me hizo efecto. A las pruebas me remito.
- BERTA: Lo tuyo es diferente, está claro y debes asumirlo sin rencor. De acuerdo que quién te presentó a Gabi fui yo, pero no menos cierto que lo hice porque tu me lo pediste. Recuerda que llevabas días comentándome lo revueltas que tenías las hormonas, lo mucho que añorabas hacer el amor, que te gustaría conocer a un hombre y que no te importaría tener una relación pero sin comprometerte mucho, ahora que tus hijos ya eran un poco más mayores, porque desde tu separación habías escarmentado. Y así un día y otro, hasta que te conté la relación tan fantástica que recién había iniciado con Gabi. Alabaste mi fortuna, me dijiste que te apetecería conocerle. Generosamente te lo llevé a casa para que tuvieras la oportunidad de desahogarte, mientras me quedaba en el salón con tus hijos, distrayéndoles, para que vosotros pudierais solazaros a gusto en la habitación de los masajes. Después pasó lo que pasó y tienes que apechugar con ello pero, por favor, no trates de involucrarme más en tu problema.
- MARINA: ¡Me maravilla tu sentido de la solidaridad!
- BERTA: Ya ejercí la solidaridad cuando te presenté a Gabi, y mira como me lo pagas.

MARINA: ¡Qué fácil es hablar así ahora! Desde luego lo de tú marido tiene mérito. Vive en la inopia y encima tiene quien le haga el trabajo sucio. Después, de la noche a la mañana, ¡hala, padre! ¡Hay que tocarse las narices!

BERTA: ¡Bueno, bueno!, en lo de trabajo sucio, teniendo en cuenta que se trataba de hacer el amor conmigo, me parece que te has pasado un poco. ¡Vamos, me parece a mí!

MARINA: Sí, vale, puede que me haya pasado un poco, perdona, pero es que para José Ángel, el ser padre es como el que encarga una pizza y se la sirven a domicilio.

BERTA: Oye, oye, tampoco me quites mérito, que buena pasta me gasté en alquilar una habitación en un motel para poder disfrutar a gusto y sin riesgos.

MARINA: ¿Qué alquilaste una habitación en un motel para acostarte con Gabi?

BERTA: Natural, yo hago las cosas bien o nos las hago. Cuando vi que la cosa marchaba, para evitar el peligro de vernos en casa, alquilé una habitación en un motel de la carretera de Burgos y aquí paz y después gloria. A eso le llamo yo hacer las cosas con cabeza.

MARINA: Pero corriste un riesgo excesivo. Tienen tú nombre en el registro, conocen el número de tú tarjeta y como sospechan que el uso de la habitación es clandestino, en cualquier momento te pueden extorsionar. Quedan muchos rastros tras una operación así.

BERTA: Me parece que a ti se te ha parado el reloj y así te pasan las cosas que te pasan. No me extraña. Empiezo, porque en un motel si pagas por anticipado y en metálico; quince días, por ejemplo, no te piden documentación y te inscriben con nombre falso. Te dan las llaves y como accedes a la habitación asignada directamente, sin pasar por Recepción, pues existen muy pocos riesgos para que te descubran y que nadie sepa que has estado allí. ¿Lo entiendes?

MARINA: ¡Hay que joderse lo que sabes, Berta! Mejor que Enfermera debías ser Directora de Organización. Ya me podías echar una mano.

BERTA: Eso es otra forma de pedirlo.

(En esos momentos asoma por la puerta un señor. Enseguida de presentarse, ellas se ponen de pie y se aprestan a escucharle)

ERNESTO: Disculpen, soy el padre de Gabi. Me ha dicho mi esposa que estaban aquí y he querido bajar a saludarles primero, después para decirles que ya hemos estado hablando con el doctor Morales, que ya ha terminado de operarle y ha tenido la deferencia de querer hablar con nosotros enseguida. Ahora solo les quedaba coserle; y eso, como ustedes bien saben porque ya me ha explicado mi esposa que son Enfermeras, lo hace el equipo auxiliar. Pues bien, las primeras noticias son tranquilizadoras. No obstante ahora es inevitable que pase algún tiempo en la U.C.I., para que sigan la evolución sin riesgos y a esperar que se recupere. El doctor nos ha dicho que, tal y como él lo ha visto, en principio y con todas las reservas que el caso merece no parece que vayan a quedarle secuelas, aunque será necesario hacerle un seguimiento intensivo.

BERTA: ¡Vaya, nuestra enhorabuena!

(*Se acerca y besa al padre de Gabi. Marina hace otro tanto*).
ERNESTO: ¡Muchas gracias!, ¡ muy agradecido! Ha sido un placer conocerles y cuando Gabi esté en condiciones de enterarse bien, que espero sea muy pronto, ya le diré que han estado aquí interesándose por él. Lo agradecerá. Ahora me van a disculpar que vuelva con la familia.

BERTA: No se preocupe por nosotras. Nos vamos a quedar un rato mas aquí, si no estorbamos, porque mi esposo, el antiguo entrenador de Gabi, quedó en venir sobre esta hora y así nos vamos juntos. Pero nosotras volveremos mañana y los días que hagan falta hasta que sepamos que Gabi ya se encuentra restablecido.

ERNESTO: ¡Por supuesto que no molestan! Pueden quedarse el tiempo que necesiten y dele recuerdos a José Ángel de mi parte. Aunque no mucho, pero nos conocemos. Un buen tipo su esposo.

(*Sale y las dos mujeres vuelven a sentarse*)

MARINA: Bueno, no parece que todas las noticias sean malas.

BERTA: ¡Que no mujer!, que siempre que ha llovido ha escampado.

MARINA: Ya, lo que pasa es que casi siempre que llueve, nos mojamos los mismos.

(Se oyen unos nudillos sobre la puerta y ésta se entreabre y asoma la figura de una mujer, EMILIA, también joven, mas o menos como ellas dos, pero viste muy diferente. Quizás lleve ropa cara, incluso de marca, pero es otro estilo de vestir. También es guapa pero no es una belleza estridente. Lo que no cabe duda es que tiene cierto encanto.)

EMILIA: ¡Perdón!, ¿Gabi Liñán?, ¿es aquí?, ¿no me he confundido?

BERTA: No, no, pase. Pero aún no está aquí, acaba de bajar su padre para decirnos que la operación ha sido un éxito...

EMILIA: ¡Uff, menos mal! ¿Les importa que me siente?

(Toma asiento en el sofá, junto a Berta)

No me encuentro muy allá y entre los nervios, porque desde ayer sin noticias directas de Gabi, con la incertidumbre a cuestas y como tampoco sabía quién recurrir, pues casi me vuelvo loca. Pero disculpe, decía...

BERTA. Si, bueno, no tiene importancia, solo que efectivamente lo de Gabi parece que tiene buena perspectiva, después de la operación. Por descontado que ahora tiene que pasar un tiempo en la U.C.I., antes de llevarle a planta.

EMILIA: ¿Ustedes son familia?

MARINA: No, solo amigas.

BERTA: Buenas amigas, nada más. La familia está arriba a la puerta del quirófano. Usted, entonces, tampoco es familia, ¿no?

EMILIA: Evidentemente no. Soy, también, una buena amiga. Una amiga muy especial, diría yo.

BERTA: Supongo que siendo buenas amigas de Gabi, con ese nexo común, podemos tutearnos, ¿no?. Me llamo Berta.

EMILIA: ¡Claro!. ¡Encantada! Mi nombre es Emilia.

MARINA: Lo mismo digo: Me llaman Marina.

EMILIA: Curiosa puntualización esa de “me llaman”.

MARINA: No tiene nada de particular, Es una forma de hablar como otra cualquiera.

EMILIA: Lo digo porque yo soy Profesora de Literatura en el Instituto donde estudiaba Gabi, ahí le conocí, por eso las cuestiones de gramática enseñada me llaman la atención; deformación profesional, vaya. Ahora imagino que la Literatura le trae un poco al fresco, aunque espero que no le pase lo mismo conmigo.

MARINA: ¿Hacías buenas migas?

EMILIA: ¡Bastantes!, bastantes buenas migas; sobre todo de un tiempo acá.

BERTA: Pero, ¿ es que sois novios o qué?

EMILIA: ¡Mujer! Eso de novios ya no se lleva, pero si, algo así; parecido, por lo menos.

BERTA: Chica, pues vaya misterio.

EMILIA: No, si no es ningún misterio, pero es que como todavía no sabe nada, no me atrevo a decirlo en voz alta.

BERTA: Eso, ¿por qué?. ¿Por que salís juntos y no quieres que se enteren en el Instituto?

EMILIA: No, no, lo del Instituto ya no tiene nada que ver, porque Gabi ya no es alumno.

MARINA: ¡Pues eso mismo digo yo! ¿Es por la familia?

EMILIA: ¡Claro! Tengo que hablarlo antes con él, para ver como se lo planteamos a los padres.

BERTA: Bueno, pero Gabi ya es mayorcito para tener que pedir permiso a sus padres para tener una relación con una mujer, aunque ésta sea algo mayor que él, y perdona; digo yo.

EMILIA: No hay nada que perdonar. Lo de la edad es evidente y lo tengo asumido. Tampoco se trata de que les tenga que pedir permiso.

MARINA: Entonces, ¿de qué se trata?

EMILIA: Vamos a ver, sus padres ni siquiera me conocen. ¿Cómo les plantea Gabi, que vamos a tener un hijo?

A ver, ¿cómo lo haríais vosotras?

(Tanto Berta como Marina, sufren un sobresalto, difícil de disimular. Es Berta, la primera que se atreve a hablar)

BERTA: ¿Y dices que Gabi, aún no lo sabe?

EMILIA: No claro, cuando estuve con él en Valencia, al principio, cuando se instaló, todavía no lo sabía seguro.

MARINA: Ahora si, ahora tienes seguridad absoluta, vamos; sin lugar a dudas.

EMILIA: ¡Completamente segura!

MARINA: ¿Y a qué esperabas para decírselo a Gabi? ¿A tenerlo?

EMILIA: No mujer, es que él, cuando terminara el Torneo Naranja, tenía dos días libres y los iba a aprovechar para venir. Ese era el momento, pero con este desgraciado accidente todo el dichoso planteamiento se ha ido al garete.

MARINA: ¡Todo, todo, no!, porque tú sigues embarazada, ¿no?

EMILIA: ¡Mujer, que cosas tienes, pues claro!

BERTA: Bueno, mi esposo parece que no viene. Yo creo que nosotras debemos marcharnos ya. ¿No te parece Marina?

(Se ponen las tres mujeres de pie)

MARINA: Si, aquí ya no hacemos nada de provecho, y ni siquiera sabemos en que momento bajarán a Gabi. Tampoco, siquiera, es seguro que lo hagan hoy.

EMILIA: Si no os importa, pues casi mejor me bajo con vosotras porque va a ser un poco violento si aparece la familia. Si queréis os invito a un café para celebrarlo.

BERTA: *(Mirando a Marina)* Bueno, quizás no sea mala idea. ¿Qué opinas, Marina?

MARINA: Que si, que no es mala idea eso de celebrarlo, aunque en mi estado no sé si el café me sentará bien, pero vamos a celebrarlo.

(Emilia no se percata la ironía de las palabras de Marina)

EMILIA: ¿Qué es lo que te pasa?

MARINA: Nada, lo mismo que a ti: que estoy embarazada.

BERTA: Yo, también, lo estoy y no me lo tomo así.

EMILIA: ¡Andá..., que coincidencia!

MARINA: ¡Y que lo digas, hija!

BERTA: Y eso que no sabes lo mejor...

EMILIA: ¿Decías...?

BERTA: Nada..., cosas mías.
(Salen las tres y mientras el telón baja lentamente)

FIN DEL PRIMER ACTO

SEGUNDO ACTO

(Se alza el telón y, como ya hemos indicado, el mismo decorado. En escena Ernesto, sentado en una de las butacas, hojea un periódico. Sobre la mesa hay varios mas. De la puerta de la habitación del enfermo sale la madre de Gabi, el enfermo).

ASUNCIÓN: ¿Qué dice la prensa?

ERNESTO: Todos celebran que no haya sido más que un susto, Importante, pero afortunadamente nada más que un susto.

ASUNCIÓN: Esperemos que no le queden secuelas.

ERNESTO: ¡Mujer, hay que ser optimistas! ¿No oíste al doctor Morales?

ASUNCIÓN; Si, claro, pero a una siempre e queda la duda. Creo que no tardará en pasarse a ver a Gabi. Me subo y le espero arriba.

ERNESTO: Me das un telefonazo cuando llegue. Prefiero quedarme aquí por si viene alguien.

ASUNCIÓN: De acuerdo.

(Sale. Ernesto, su marido, se sienta y sigue con la lectura de la prensa, pero enseguida llega José Ángel.)

JOSÉ ÁNGEL: ¿Se puede?

ERNESTO: ¡Hombre, José Ángel, que alegría verle! Pase, pase.

(Se levanta a recibirle)

JOSÉ ÁNGEL: ¡Mucho tiempo sin vernos!.

ERNESTO: ¡Mucho, ya lo creo!

(Se abrazan calurosamente)

JOSÉ ÁNGEL: ¿Qué tal van las cosas?

ERNESTO: Bueno, parece que después del susto inicial nos podemos dar con

un canto en los dientes. La cosa no se presenta tan grave como creíamos.

JOSÉ ÁNGEL: Ya me dijo Berta anoche que la cosa, al parecer, no pintaba tan seria tras la operación. Por cierto, que ayer se me complicaron las cosas y no me pude acercar, pero que conste que mi esposa me tuvo informado en todo momento.

ERNESTO: ¡Ah, no se preocupe! Efectivamente, su esposa y una amiga; una que creo que usted le había recomendado a Gabi para que le diera no sé que clase de masajes, estuvieron casi toda la mañana aquí. Un detalle.

JOSÉ ÁNGEL: No sé, no recuerdo que yo le recomendara a Gabi nunca masajes, pero amiga de mi esposa y que se dedique en sus horas libres a dar masajes, no se me ocurre otra que Marina.

ERNESTO: Sí, me suena que mi esposa me dijo ese nombre. Puede ser. A propósito, ya me puede perdonar, se me olvidaba con todo este trajín, ¡enhorabuena!; que ya he sabido, también, por boca de mi señora, que van a ser padres.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Gracias, muchas gracias! La verdad es que ha sido una sorpresa. Ya ve, después de siete años de casados, cuando menos lo esperas salta la liebre.

ERNESTO: Bueno, pero es para estar contento, ¿no?

JOSÉ ÁNGEL: ¡Oh sí, por supuesto! Lo que pasa es que nos ha cogido un poco por sorpresa.

ERNESTO: Yo creo que la sorpresa es que no haya llegado antes, permítame que le diga, porque tiene una esposa encantadora además de muy guapa.

JOSÉ ÁNGEL: Sí, la verdad es que he tenido mucha suerte con la mujer que tengo, porque menos mal que es muy sensata, cariñosa y muy de su casa. Otra, con las cualidades que tiene Berta y con los riesgos de una profesión como la suya, no te dejaría dormir tranquilo.

ERNESTO: Seguro, porque las Enfermeras, las jóvenes y atractivas; como es el caso de su esposa, debe ser uno de los gremios laborales con mayor índice de acoso en el trabajo, según oigo decir a menudo.

JOSÉ ÁNGEL: Así es, así es, y no solo en el trabajo, que por supuesto existe, sino que en cuanto la gente; los hombres principalmente, me refiero, saben que una chica es Enfermera, ya creen que todo el monte es orégano y que están ante una mujer fácil. Menos mal que Berta sabe hacerse respetar y no tiene reparos en parar los pies a cualquiera, porque si no, con lo coqueta y atractiva que es, unido a lo atrevidillo que le gusta vestir, ni le cuento.

ERNESTO: Le creo, le creo.

(Suenan unos golpecitos en la puerta y al entreabrirse aparece Marina)

MARINA: ¿Se puede?

ERNESTO: Pase, pase. ¡Vaya, si está aquí la masajista oficial!

MARINA: *(Un tanto confusa, sobre todo al oír la identificación profesional que de ella hace Ernesto, agravado este detalle con la presencia de José Ángel).*

¡Buenos días!

(Besa primero a Ernesto y después a José Ángel)

¡Vaya, qué sorpresa José Ángel!

JOSÉ ÁNGEL: ¡Mujer, no será para tanto!

MARINA: ¿Qué tal van las cosas, sigue el optimismo?

ERNESTO: Moderado, pero si, el pronóstico sigue, afortunadamente, siendo esperanzador.

MARINA: ¡Me alegro!

ERNESTO: ¡Muchas gracias!

MARINA: José Ángel, por cierto, enhorabuena por lo del embarazo.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Gracias!, pero será recíproca la enhorabuena, porque me ha dicho Berta que también esperas familia.

MARINA: Si, eso parece.

JOSÉ ÁNGEL: Y más o menos para la misma fecha, según creo, ¿no?

MARINA: Bueno, ya sabes que Berta y yo siempre nos hemos llevado muy bien y no le he querido dejar sola en este trance.

ERNESTO: ¿O sea, que usted, también espera familia? Pues, ¡mi enhorabuena! Y a su esposo, claro, aunque no le conozca.

MARINA: ¡Ah, eso no! No estoy casada; mejor dicho, soy separada y ya tengo dos hijos de ese matrimonio anterior.

ERNESTO: Disculpe, no sabía...

MARINA: No tiene importancia.

JOSÉ ÁNGEL: Pues sí que ha sido una sorpresa, porque no sabía que hubieses empezado una nueva relación.

MARINA: (*Levemente incómoda*) Bueno, la verdad es que todo ha sido muy rápido, una circunstancia muy especial...

JOSÉ ÁNGEL: ¿No me digas que has vuelto con tu ex?

MARINA: ¡No, ni mucho menos!. Estaría loca para caer en una cosa así. Aunque no te creas que tampoco es una relación como para tirar cohetes, al menos de momento.

JOSÉ ÁNGEL: Mujer, todas las relaciones al principio tienen sus dificultades, pero peor que lo de tu ex, no creo que sea.

MARINA: No, desde luego que peor no, sencillamente porque no creo que pueda haber nada igual. Pero en este caso lo problemático no son los comienzos, sino lo que pueda venir después.

JOSÉ ÁNGEL: ¿Qué pasa, qué es un hombre casado?

MARINA: ¡No, que va, ni mucho menos! Todo lo contrario, el problema es que es demasiado joven.

ERNESTO: Perdóneme que me entrometa, pero en cierto modo se está poniendo de moda y esa desigualdad en la edad, en estos momentos, apenas llama la atención. Se ven muchas parejas atípicas en ese sentido.

MARINA: Si claro, pero el problema no es cuando lo vemos en la acera de enfrente, sino cuando ya lo tenemos dentro de casa ¿Lo entiende?

ERNESTO: Naturalmente que entiendo lo que quiere decir, pero estoy seguro que si se lo plantean con honestidad y valentía a la familia de él y ellos comprueban a través de su comportamiento que se quieren, terminaran por dar el consentimiento sin mayor problema.

MARINA: ¿Está seguro?

ERNESTO: Yo creo que si, mujer. El amor es una fuerza que arrasa con todo lo que se pone por delante. ¿Usted que opina José Ángel?

JOSÉ ÁNGEL: No se que decirle. Quizás no tenga la misma experiencia que usted o tal vez sea más escéptico pero creo que cada caso es un mundo y hay que tratarle aparte. En este tema no valen generalidades, me parece a mi.

ERNESTO: Generalidades por supuesto que no, pero lo que hay que hacer es afrontar los problemas con valentía, encararlos de frente, que el enemigo; en este caso los padres, no es tan fiero como le pintan.

MARINA: No sé, no sé, ya veremos. De cualquier manera le prometo tenerle informado y así sabremos quién tenía razón. Desde luego José Ángel no, porque prefiere no mojarse. Una postura cómoda, muy conservadora, ¿no?

JOSÉ ÁNGEL: Yo la calificaría más bien de prudente.

MARINA: Vale, no vamos a discutir eso ahora. ¿Dónde se ha metido Berta, porque me dijo que a esta hora ya estaría aquí?

JOSÉ ÁNGEL: Pues no ha de tardar, porque iba a recoger unos papeles y luego, efectivamente, venía para acá.

(Suena el móvil de Ernesto. Mira un mensaje en la pantalla)

ERNESTO: Me van a disculpar, porque es mi señora, que acaba de llegar el doctor Morales y quiero hablar con él.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Vaya, vaya, por nosotros no se preocupe!

ERNESTO: Enseguida vuelvo.

(Sale)

JOSÉ ÁNGEL: Oye Marina, ¿qué es eso de que yo te pedí o mandé a Gabi para que le dieras masajes? Porque yo no recuerdo nada de eso.

MARINA: No sé, sería cosa de Berta, pero interpreté que venía por consejo tuyo.

JOSÉ ÁNGEL: No, nunca he hecho una cosa así y menos sin avisarte yo mismo. Piensa que nosotros tenemos nuestro propio masajista y si por alguna causa, necesitaríamos recurrir a otro externo tendríamos que hablar antes con él, para ponerle en antecedentes. Me resulta muy extraño que Berta se inmiscuya en una cosa así.

MARINA: Pues no sé, sería un malentendido mio.

JOSÉ ÁNGEL: ¿Y cómo sabía Gabi, dónde vivías y que te dedicabas a dar masajes?

MARINA: Supongo que se lo comentaría a Berta y ella le acompañó a casa.

JOSÉ ÁNGEL: ¿Dices que Berta acompañó a Gabi a tu casa? ¿Y cómo sabía ella que necesitaba masajes extra?

MARINA: Si, la primera vez vino con ella. Imagino que se lo diría aquella noche que le pediste a Gabi que te llevara a casa la bolsa deportes, aprovechando que vive cerca de vosotros y que había ido en la moto al entrenamiento. Creo que tú tenías una cena o algo así. ¿No lo recuerdas?

JOSÉ ÁNGEL: Claro que lo recuerdo, fue como hace dos o tres meses, pero no me dijo nada Berta de que hubiera estado hablando con él de nada, ni tan siquiera que hubiese entrado en casa. Pero, ¿dices que la primera, o sea que volvió mas veces?

MARINA: Si, algunas más. No sabría precisar cuántas.

JOSÉ ÁNGEL: Pues no entiendo nada. Ni lo de Gabi y, mucho menos, lo de Berta.

MARINA: ¡Bah!, no le des tanta importancia. Al fin y al cabo Gabi ya no está en tú equipo.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Joder, pero Berta si!; bueno creo, porque parece que también juega por libre.

MARINA: No lo tomes así, porque seguramente tiene una explicación más sencilla de la que te imaginas.

JOSÉ ÁNGEL: Pues no sé que explicación va a tener, pero tampoco entiendo que

a ti no te llamara la atención la forma en la que Berta te llevó a Gabi como paciente.

MARINA: ¿Qué quieres?, si una se gana la vida así y encima tiene amigas que te proporcionan clientes, pues habrá que agradecerérselo, digo yo.

JOSÉ ÁNGEL: Si ,claro. Pero, ¿Gabi te pagaba los masajes?

MARINA: ¡Hombre, natural! Lo que yo no sabía si luego le pasaba la factura al Club.

JOSÉ ÁNGEL: No, no, al Club desde luego no, porque me hubiera enterado yo. ¿A cómo cobras los masajes?

MONICA: Depende de que clase de masaje y el tiempo que me lleve.

JOSÉ ÁNGEL: Y a todo esto, ¿qué clase de masaje necesitaba Gabi?

MARINA: Vino quejándose de de los isquiotibiales. Se le recargaban mucho tras los entrenamientos.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Coño, que cosa tan rara! Que no me diga nada a mi y se lo cuente a mi mujer. No entiendo nada.

(Aparece en la puerta Berta, que tras entreabrir la un poco y ver solos a Marina y a su esposo, entra.)

BERTA: ¡Hola pareja, buenos días!

(Besa a ambos. A José Ángel en los labios y a Marina en la mejilla)

MARINA: ¡Hola cielo!

BERTA: ¿Qué, hay novedades?

JOSÉ ÁNGEL: ¿Novedades, dices?... ¡A esgalla!

BERTA: ¿Y esa cara?. Pero, ¿qué te pasa?. ¿Algún problema con Gabi?

JOSÉ ÁNGEL: Con Gabi no, afortunadamente su recuperación sigue un curso normal en estas circunstancias. Pero es que me acabo de enterar que Marina ha estado dando masajes a Gabi, por recomendación tuya y, no solo eso sino que tú misma le llevaste el primer día.

Pero ahí no acaba todo, porque encima le habéis hecho creer a la familia que estos masajes se los daban por recomendación mía.

BERTA: ¿Y eso es todo lo que te abrume?

JOSÉ ÁNGEL. No Berta, no es que me abrume, es que me disgusta la situación y sobre todo porque me hayas dejado al margen de todo. Hace casi tres meses que comenzó este embrollo y es al día de hoy cuando me entero y no por ti; casi la protagonista principal.

BERTA: Para empezar tranquilízate y vamos sentarnos que así se hablan y se entienden mejor las cosas.

(Se sientan los tres. En la cara de Marina, se dibuja un gesto, en el que se nota; tanto la admiración hacia su amiga, por el empaque y serenidad con el que aborda la difícil situación, como un fugaz destello de revindicar su postura)

JOSÉ ÁNGEL: Está bien; pero por favor Berta, la verdad.

BERTA: ¡Naturalmente, cariño! Pero, ¿cuándo te he engañado yo?

JOSÉ ÁNGEL: No discutamos eso ahora. Vamos al grano..

BERTA: ¿Recuerdas el día que le pediste a Gabi que te acercara la bolsa de deportes a casa, aprovechando que acababa de estrenar una moto, porque tenías una reunión en la Federación y después cena con los amigotes y no era cosa de andar cargado de aquí para allá con la dichosa bolsa? Además, me acuerdo que te había pedido que compraras unos congelados e iban dentro. ¿Te acuerdas?

JOSÉ ÁNGEL: Sí, ya me lo ha dicho antes Marina.

BERTA: Bueno, pues esa tarde cuando llegué a casa, porque salí un poco más tarde de trabajar, me encontré a Gabi en la puerta, con tu bolsa de deporte esperándome. Naturalmente le invité a pasar y se tomó una cerveza. Mientras me comentó que tenía unas molestias y le dije que eso, seguramente, con unos masajes específicos se le pasaba. Me preguntó si conocía a algún especialista y es cuando le hablé de Marina. Se lo comenté a ella al día siguiente y me dio hora para el otro día. Quedé con Gabi en la puerta de su casa y les presenté. Eso es todo.

JOSÉ ÁNGEL: Berta; eso es todo, pero a mi me lo cuentas tres meses después y porque te has visto obligada...

- BERTA: ¡Alto ahí! Te lo cuento ahora y no entonces, porque no le di la menor importancia. Además, sigue recordando que aquella noche llegaste casi a las tres y media de la mañana a casa. Después de cenar anduvisteis de copas. Llegaste un tanto espeso pero con ganas de juerga, mientras yo tenía un cabreo monumental y sin embargo accedí a tus deseos, con lo que sabes que me molesta apagar los incendios que otras avivan. Porque, si venías tan... predispuesto no era por mi, ¿de acuerdo?. Bueno, pues a cuenta de todo eso estuvimos dos o tres días de morros. Enseguida nos reconciliamos; eso sí, como otras veces, y “de aquellos polvos son estos lodos,” que dijo un poeta; aunque no me acuerdo cuál, pero que puede que casen muy bien a lo que pasó. Cuando hicimos las paces ya ni me acordaba del asunto. ¿Ves que explicación tan sencilla?
- JOSÉ ÁNGEL: Está bien mujer, tu siempre te sales con a tuya, ¿no sé como te las apañas? No quiero discutir, pero hay otra cosa que me preocupa bastante. Marina, antes, cuando estabas hablando con el padre de Gabi sobre tú pareja sentimental, le dijiste que el mayor problema que tenías era porque se trataba de un chico muy joven y ahora, oyendo esta historia de los masajes secretos a Gabi, no quisiera ser mal pensado, pero si reparas en las fechas de los masajes, en el tiempo que llevas de embarazo y la descripción del problema que te acarrea por la juventud de tu pareja, comprenderás que es fácil pensar que...
- MARINA: Ya, no hace falta que digas más; sé dónde quieres ir a parar. ¿Y qué, si fuera Gabi el responsable de mi embarazo? ¿Qué me quieres decir con eso?
- JOSÉ ÁNGEL. Pues si eso fuera cierto, y cada vez estoy más convencido de ello; no hay más que ver tu desafiante actitud, me duele mucho que me salpique el problema.
- BERTA: ¡A ti!, ¿por qué?
- MARINA: ¡Eso digo yo!
- JOSÉ ÁNGEL: Pues, porque, como según vosotras yo soy quien le recomendó a Marina, habrá que ver la cara que ponen los padres cuando sepan en que consistían los masajes que recomendé a su hijo y las consecuencias.
- MARINA: Sin embargo a mi me parece que el padre de Gabi se mostraba

muy comprensivo con una situación así. Tú le has oído igual que yo.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Nos ha fastidiado! Ni por lo más remoto se le ha pasado por la cabeza al buen señor, que pudieras estar hablando de su hijo. Verás la comprensión que muestra cuando le digas lo que hay. No es lo mismo predicar que dar trigo, bonita.

BERTA: ¿Habéis hablado de esto con el padre de Gabi?

JOSÉ ÁNGEL: Todo empezó porque inocentemente le dije a Marina que me había sorprendido su embarazo, pues no sabía que tuviera ninguna relación sentimental y le pregunté si acaso había vuelto con su ex marido, pero contestó que no. Sin embargo nos comentó que estaba preocupada, ya que se trataba de una relación un poco complicada. Pensé que se trataba de un hombre casado, pero dijo que no, que lo estaba por la edad el chico. Nos dijo que era bastante más joven que ella y el padre de Gabi, con la mejor voluntad del mundo, trató de quitar importancia a este aspecto del problema, incluso se permitió darle unos consejos sobre como enfocar este delicado asunto con los padres de su pareja. ¡Figúrate ahora!

BERTA: ¡Jolín Marina!, has sido bastante imprudente, porque si el padre se pone a atar cabos; tal y como ha hecho José Ángel, resulta que se enteran los padres antes que el hijo.

JOSÉ ÁNGEL: O sea, ¿Gabi, no sabe nada aún?

MARINA: No, claro que no.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Pues estamos apañados!

BERTA: Desde luego, pero todavía hay te quedan más sorpresas.

JOSÉ ÁNGEL: ¡No me jodas!, ¿no me irás a decir que lo tuyo también...?

BERTA. No; por ese lado, descuida.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Menos mal!, porque menudo susto me has dado. ¿Y cuál es el siguiente sobresalto, si puede saberse?

BERTA: Ayer por la mañana, estando Marina y yo solas aquí, apareció la “Profè” de Literatura de Gabi en el Instituto. Charlamos, en espera de noticias, y cuando supo que solo éramos amigas, sin ningún

vínculo familiar, una vez que cogió cierta confianza; además se notaba que la urgía desahogarse con alguien, nos confesó que estaba embarazada de Gabi.

JOSÉ ÁNGEL: ¡No fastidies! ¡Hay que joderse con Gabi! ¡Menudo semental! Pues menos mal que solo estuvo en casa a solas contigo mientras se tomaba una cerveza, sino te empapela también. ¡Vaya, vaya, vaya, quién lo diría! Y lo de esta chica, ¿tampoco lo sabe él?

MARINA: Tampoco. Precisamente a eso venía, a decírselo.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Pues si que escogió un momento cojonudo! Menuda papeleta para los padres. Bueno, y para él.

BERTA: Si, es como tener mellizos, pero asimétricos.

MARINA: En ese caso los niños serían hermanos de padre, ¿no?

JOSÉ ÁNGEL: ¡Natural!

MARINA: ¿Y, entonces, nosotras que seríamos?

JOSÉ ÁNGEL: Lo mismo que ahora: ¡Un par de gilipollas!

BERTA: ¡José Ángel, no seas burro!

JOSÉ ÁNGEL: Pero si es que me sacan de quicio estas situaciones tan absurdas. ¿Sabes lo que pienso Berta? Que nosotros no pintamos nada aquí y que tal y como está el panorama, mejor nos vamos.

(Se pone de pie y las dos mujeres le imitan)

BERTA: Pero no podemos marcharnos así por la buenas, sin despedirnos de nadie.

MARINA: Si os vais, me voy con vosotros. Ya me diréis que pinto yo aquí sola y que explicación les voy a dar.

JOSÉ ÁNGEL: Haz lo que quieras. Pero piénsalo bien antes de dar un paso en falso. Yo creo que hasta que no hables con Gabi, a los padres es mejor no decirles nada.

MARINA: Si, eso lo tengo claro. Me agobia un poco que pueda tardar en hacerlo, pero como parece que se recupera bien, no creo que haya de esperar mucho en tener una oportunidad de hablar con él a

solas. Lo malo es si me adelanta la otra, aunque no sé que sería peor...

(Se oyen unos discretos golpes en la puerta y enseguida vemos asomar la cabeza de Emilia)

EMILIA: ¿Se puede?

BERTA: Pasa, pasa Emilia, estamos solos.

(Entra Emilia)

Bueno, también está mi marido. José Ángel, esta es Emilia, la Profesora de la que te hemos hablado antes. Emilia, José Ángel, mi esposo.

(Se besan)

EMILIA: ¡Hola a todos! Encantada de conocerte.

JOSÉ ÁNGEL: Lo mismo digo.

MARINA: ¡Buenos días Emilia!

EMILIA: Qué, ¿alguna novedad?

BERTA: Más menos como ayer, pero sigue la evolución favorable. Los padres están arriba con el doctor porque ha venido a visitarle.

EMILIA: Bueno, espero al menos, conocer hoy a los padres. A Gabi tendré que esperar aún para verle, parece ser. Por cierto, José Ángel, ¡felicidades!, que ayer me dijo Berta que vais a ser padres.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Gracias! Parece ser que a ti también hay que felicitarte porque vas a ser madre.

EMILIA: ¡Ah, gracias!

JOSÉ ÁNGEL: ¿Te hace mucha ilusión?

EMILIA: Mucha no, ¡muchísima!

JOSÉ ÁNGEL: ¿Y no te causa ningún problema eso de la paternidad simultánea?

EMILIA: No te entiendo...

BERTA: ¡José Ángel, eres un metepatas! ¡Te quieres callar! No le hagas caso, siempre está de broma.

EMILIA: Pues a mi no me ha parecido que hablara en broma.

JOSÉ ÁNGEL: Discúlpame, efectivamente no era ninguna broma, pero es que no sabía que...*(No sabe como seguir)*

BERTA: Mi marido es muy despistado y con tanta mujer embarazada a su alrededor, se ha hecho un lío.

MARINA: No Berta, deja a José Ángel en paz, porque no tiene ninguna culpa de lo que está pasando aquí. Y todo porque nosotras; sobre todo yo, ayer no nos atrevimos a deshacer el entuerto.

EMILIA: Pero, ¿qué es lo que pasa? Me da la sensación de que me estoy perdiendo algo importante, ¿me equivoco?

MARINA: Mejor no te preocupes, que enseguida te pongo al corriente. La verdad es que no sé bien, por qué no lo hice ayer. Quizás me desconcerté cuando supe lo tuyo. La cuestión Emilia es que el responsable de mi embarazo, aparte de yo misma, como del tuyo también es Gabi.

EMILIA: ¡Vaya por Dios! ¡Maldita sea! Ya lo decía yo: Demasiado bonito para ser verdad.

(Se sienta, con cierto aire de resignación. Los demás la imitan, a excepción de José Ángel que se queda de pie.)

No me lo esperaba; desde luego que no. Se me hacía raro que Gabi, siendo un chaval tan majo, tan apuesto y atractivo, anduviera por el mundo suelto, sin pareja.

MARINA: Realmente tampoco somos pareja nosotros.

EMILIA: ¿Habéis roto, entonces?

MARINA: Verás, es que lo nuestro quizás era una situación atípica y no es que hayamos roto, pero desde que se fue a Valencia no hemos vuelto a tener contacto. Yo esperaba que me llamara de un momento a otro.

EMILIA: Yo le pregunté al comienzo de nuestra relación, si había alguien

en su vida y me habló muy críticamente sobre algo que había habido, de lo que ya no quedaban sino rescoldos, pero que estaba tratando de apagarlos. Humm; dejarte embarazada (*a Marina*) es una extraña manera de extinguir el fuego. ¿Te habló alguna vez de mi, de lo nuestro?

MARINA: No, pero tal vez porque no le pregunté sobre otras relaciones.

EMILIA: ¿Tan segura te sentías?

MARINA: Me gustaba estar con él, me sentía muy feliz cuando venía a casa y como veía los esfuerzos que hacía por complacerme, no pensaba en nada más.

EMILIA: Sin embargo debimos alternar las dos en su afecto, en su cariño o en su amor. Por cierto, ¿te habló de amor alguna vez?

MARINA: No, pero no me pilló de sorpresa. Sabía que lo nuestro era otra cosa.

EMILIA: ¡Curioso!

MARINA: ¿El qué?

EMILIA: Tampoco, a mi, me habló nunca de amor...

MARINA: ¿Llevabais mucho tiempo saliendo?

EMILIA: Realmente muy poco; eso sí, muy intensamente. Por eso, ahora, al conocer vuestra relación me siento desconcertada, a la par que cínicamente utilizada, porque con su comportamiento me hacía creer que era la única.

BERTA: Se ve que no tienes mucha experiencia con los hombres.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Vaya, habló la voz de la experiencia!

BERTA: No te lo tomes a broma pero una, aunque no sea por experiencia propia, ha leído lo suyo, ha escuchado bastante y sabe más de lo que crees.

JOSÉ ÁNGEL: Emilia, tu relación con Gabi me imagino se fraguó a través del Instituto, ¿no?

EMILIA: Claro; es natural. Bueno, quiero decir que es natural que allí haya

sido donde nos hayamos conocido. Lo de iniciar una relación más estrecha tiene otra explicación.

Fue alumno mío el curso pasado, así le conocí, pero entonces todo fue más o menos normal. Gabi aún no había dado el salto al joven fibroso y atlético, que gracias a tus entrenamientos; supongo, luce hoy día.

Este año parecía más maduro, por más que ahora tal madurez se pueda cuestionar.

Nunca tuve demasiado trato con él, seguramente porque no era muy aplicado, sin embargo me caía bien. Todos sabíamos que su gran pasión era el fútbol y a destacar en él iban la mayoría de sus de sus esfuerzos. No obstante siempre mostró un comportamiento simpático, educado y amable.

A principios de este último trimestre les puse un ejercicio de redacción de tema libre. Había que hacerla durante la hora y media de clase. Después, corrigiendo los ejercicios en casa, me quedé muy sorprendida por la redacción de Gabi, hasta el punto que, de no haberla hecho prácticamente delante mio, hubiera tenido serias dudas sobre su autoría. Además, siendo el tema libre, no cabían componendas de ningún tipo.

Si mucho me sorprendió la calidad de la redacción, mucho más el tema que escogió. Trataba de un alumno que se enamoraba de su Profesora y describía una situación ficticia, tal vez onírica, pero muy fácil de identificar con nosotros porque el perfil del alumno y el de la Profesora, coincidían perfectamente. Describía detalles peculiares de cada uno y narraba situaciones que a lo largo del curso se habían producido pero las dramatizaba a su manera.

Total, que el ejercicio no me pasó desapercibido; tal y como Gabi buscaba. Ingenuamente le cite en la Sala del Profesorado para indagar que era lo que había querido decir con aquella redacción, a la que no faltaban detalles de lirismo. Lejos de intimidarse, como esperaba, me puso a los pies de los caballos e hizo una declaración de principios que me dejó estupefacta. Se explayó a gusto, hasta eludió su calidad de alumno y me habló de hombre a mujer, para halagar mi vanidad a base de elogios sin cuento, desgranados con una contundencia impropia de un muchacho de apenas dieciocho años. Me confundió, me trastornó porque me dijo todo eso que a toda mujer le gusta escuchar y sobre todo como me lo dijo.

Me invitó a comer para poder hablar con libertad, alejados del corsé que nos imponía el Instituto; tal y como lo razonó él.

Comimos muy a gusto y conocí a otro Gabi, del que no tenía ni la menor noticia hasta entonces. Me deslumbró con una conversación y unos razonamientos increíbles. Al paso del tiempo la charla se fue haciendo más cordial, más íntima, plena de romántico gozo. Después le invité a café en casa y lo demás ya lo conocéis mas o

menos.

Quizás os parezca una historia vulgar, pero si hubierais estado en aquella comida conmigo, seguro que hasta tu Berta, ahora podrías muy bien estar embarazada de Gabi, en lugar de estarlo de tú marido.

JOSÉ ÁNGEL: Vale Emilia, que te creemos, pero no te pases.

BERTA: ¡Déjale que se solace en el recuerdo! No hace mal a nadie y solo ha puesto una comparación... inocente.

JOSÉ ÁNGEL: Todo lo inocente que tu quieras, pero no está el horno para bollos, sobre todo después de lo que llevo oído aquí. Y sigo en mis trece Berta, por mucho que lamentemos la situación, no está a nuestro alcance ponerle remedio, por tanto lo mejor es marcharnos y ya les llamaré mañana o pasado para preguntar por Gabi y de paso disculparnos por habernos ido hoy sin despedirnos.

(Berta se pone de pie, resignada. Marina y Emilia también se ponen de pie, pero no está claro si es para irse también o simplemente para despedirse.)

BERTA: ¿Venís también?

EMILIA: La verdad es que no se que hacer.

MARINA: Eso mismo me pasa a mi.

(Les saca de dudas los padres de Gabi, que hacen su aparición muy sonrientes.)

ERNESTO: Ya nos pueden disculpar, pero es que el doctor nos ha entretenido más de la cuenta.

ASUNCIÓN: Pensamos que hasta cansados de esperar se habían marchado ya.

BERTA: No, estábamos un poco impacientes y si habíamos pensado en salir a dar una vuelta.

ERNESTO: Pues no hubiese sido mala idea. Pero veo que ha aumentado el cupo de sus amistades, aparte de que le ha dado tiempo a llegar a Berta. ¿Otra masajista?

(Cierto que lo dice inocentemente, pero la pregunta produce un efecto curioso: Primero cierto estupor, pero enseguida cuando

comprenden que no ha habido malicia, se echan a reír; unos con más ganas que otros).

- BERTA: No, es Emilia, una Profesora del Instituto que se ha enterado por la prensa y se ha venido a ver a Gabi. Ya nos hemos encargado de ponerla al corriente.
- EMILIA: ¡Mucho gusto!, y lamento lo que ha pasado. Señora, es un placer saludarle.
- ERNESTO: ¡Encantado!
- ASUNCIÓN: Lo mismo digo, ¿señora?
- EMILIA: No, señorita todavía.
- ERNESTO: Vaya, entonces será la única que no esté embarazada, porque estas jóvenes señoras, supongo que ya se lo habrán comentado ustedes, están esperando familia.
- EMILIA: Efectivamente lo han hecho y nos hemos felicitado mutuamente, porque a pesar de sus vaticinios, también estoy esperando familia.
- ERNESTO: ¡Santo Dios!, pero esto que es, ¿una epidemia? Bueno es una broma como comprenderá y le damos la enhorabuena y hágasela llegar al afortunado varón que la ha conquistado hasta convencerla para ser madre, sin necesidad de pasar por la vicaria.
- EMILIA: ¡Gracias!, ya se las haré llegar a quién corresponda.
- ERNESTO: José Ángel, los matrimonios como el de Berta y usted, van a terminar por convertirse en un “rara avis”.
- JOSÉ ÁNGEL: ¡Desde luego!. Se ve que los conservadores vamos perdiendo cada vez más terreno. Personalmente soy muy respetuoso con las ideas de los demás, pero prefiero que haya unas normas y que éstas se respeten.
- ASUNCIÓN: Estoy con usted. No me juzguen mal señoritas, que cada una habrá tenido sus razones para dejarse engatusar, pero era mucho más sensato como se hacían las cosas en mis tiempos.
- EMILIA: No creo que vayamos a discutir, pero como usted bien dice, eran otros tiempos, otras costumbres y en definitiva otra manera de afrontar las cosas y de cualquier forma han de reconocer que

siempre han existido embarazos más o menos deseados, situaciones más o menos convencionales; como siempre ha habido hombres conservadores y temerosos del progreso, frente a otro modelo de hombres: los emprendedores; gracias a cuyo espíritu la humanidad pudo progresar.

- ASUNCIÓN: Comprendo señorita que no puedo enfrentarme con usted; que es Profesora, porque mis argumentos y la forma de exponerlos no tienen la eficacia de su forma de hablar. Además, sin duda, sabe mucho más que yo, pero si le digo; muy respetuosamente, eso sí, que jamás veré con buenos ojos una situación así en mi familia.
- ERNESTO: ¡Vamos, vamos Asun, que no es para ponerse así! Cualquiera que te oiga pensará que somos retrógrados.
- EMILIA: Me parece bien que cada uno defienda su postura ante la vida con los medios al alcance, pero lo que no es de recibo que se adopte una actitud proteccionista con los hijos cuando ya son mayores de edad para tomar sus propias decisiones, independientemente que les guste a la familia o no.
- ASUNCIÓN: Una cosa es proteger y otra muy distinta decir lo que a una le parece bien o mal, como es este caso concreto. A mi, por ejemplo, no me gustaría que mi hijo Gabi se viera involucrado en un caso así, aunque de sobra sé, en caso de producirse, ¡Dios no lo quiera!, muy poco podría hacer a excepción de mostrarle mi disgusto.
- EMILIA: O sea, ¿que no le gustaría tener un nieto concebido así?
- ASUNCIÓN: Pues mucha gracia no me haría, desde luego.
- EMILIA: Y si un día su hijo le dice que va a tener descendencia, ¿usted que le aconsejaría?
- ERNESTO: Ella no sé, pero yo que abortara la niñata que le hubiera engañado, así se lo pensaría dos veces otra vez antes de dejarse seducir.
- EMILIA: Es que eso es mucho decir. ¿Y si no ha habido seducción sino mutuo acuerdo?
- ERNESTO: Bueno, bueno, señorita, vamos a dejar el tema que nos estamos enredando demasiado en asuntos afortunadamente muy ajenos a nosotros.
- EMILIA: De acuerdo, pero yo no estaría tan segura de que tratábamos temas

ASUNCIÓN: ajenos a nosotros. Hoy, quizás si pero mañana, ¿quién sabe...?
Desde luego las clases con usted tienen que ser una delicia, porque mire que es peleona. Si en vez de Profesora hubiera sido abogada sería el terror de los Jueces.

JOSÉ ÁNGEL: Creo que nosotros debemos marcharnos porque ustedes necesitan descansar un rato, por lo menos de visitas. Llamaremos esta tarde para saber si Gabi ya está en la habitación y nos podemos pasar a saludarle. De cualquier manera, por favor, dele recuerdos de todos nosotros.

(Salen los tres y se queda el matrimonio solo)

ASUNCIÓN: Chico, que mal sabor de boca me ha dejado la dichosa Profesora. Parece una marisabidilla.

ERNESTO: Pues con todo su pose de inteligente, la han cortado el cupón.

ASUNCIÓN: Algún espabilado que entre lección y lección le ha hecho los deberes. Sabes, a veces, cuando hablaba me daba la impresión de que nos estaba mandando mensajes subliminales.

ERNESTO: ¡No fastidies! ¿No me digas que has llegado a pensar que Gabi y ella...?

ASUNCIÓN: No lo sé. Solo que algunas cosas de las que ha dicho, como las ha dicho y el hecho de que una simple Profesora que solo le daba una asignatura y de eso hace ya casi tres meses, se presente aquí dos días para ver a Gabi, pues, ¿que quieres que te diga?, me da que pensar.

ERNESTO: Fíjate lo que son las cosas. A mi, sin embargo, la que me tiene mosca es la de los masajes. Me pasa lo mismo que a ti con la otra. Que yo sepa Gabi nunca ha necesitado masajes extras y, además para eso está el masajista del equipo. Es un asunto que tengo que hablar con José Ángel.

ASUNCIÓN: ¡Esa es otra! ¿Qué pinta en todo esto la tal Berta, la mujer de José Ángel, acompañando a nuestro hijo a casa de la masajista, si ella no es nadie en el equipo, ¿no?

ERNESTO: ¡Claro que no! Pero lo cojonudo del caso es que estas tres mujeres están embarazadas.

ASUNCIÓN: Si que es coincidencia.

ERNESTO: Lo malo no es que sea coincidencia, sino que la coincidencia la haya provocado el mismo.

ASUNCIÓN: ¡No seas mal pensado! Ten en cuenta que está la mujer de José Ángel por medio.

ERNESTO: ¡Uy esa; la peor de todas!

ASUNCIÓN: ¿Tú crees?

ERNESTO: ¡Lo que yo te diga! No tienes más que ver como viste y aquí la has visto muy modosita, para lo que acostumbra, porque lo que es en los partidos lleva unas minifaldas a ras de tanga; que es lo que usa ella, y no digamos el escote que se gasta la moza. Así tiene a todos los chavales...

ASUNCIÓN: Ya, y por lo que veo a los adultos tampoco os pasa desapercibida.

ERNESTO: ¡Pues tampoco!, para que nos vamos a engañar. Tiene un marido que es un calzonazos por dejarla vestir así y no le puede extrañar que cualquier día le pase algo desagradable; para él, que para ella a lo mejor no lo es tanto.

ASUNCIÓN: Pues hay algo que nunca te he dicho pero creo que es el momento oportuno. Una mañana, estaba Gabi duchándose y sonó su móvil. Era un mensaje. Quise saber de quién era, para decírselo al salir de la ducha, pero como soy tan poco hábil con estos cacharros, apreté la tecla equivocada; por lo que se ve, porque apareció en pantalla el dichoso mensaje.

ERNESTO: ¿Y qué decía?

ASUNCIÓN: Me da un poco reparo decírtelo.

ERNESTO: Pues, para eso, haberte callado desde el principio.

ASUNCIÓN: Tienes razón, perdona. Era de Berta; entonces yo no sabía de quién se trataba, pensé en alguna compañera del Instituto. Ponía: “Ayer apagaste el fuego a medias, porque aún quedan rescoldos ¿Puedes venir hoy a hoy a conectar la manguera de nuevo. Te espero, Berta.”

ERNESTO: ¡Caramba con la señora, que explicita es!

ASUNCIÓN: No veas como se puso Gabi, cuando le dije que tenía un mensaje de una tal Berta.

ERNESTO: Natural, menudo corte para él. Pero debías habérmelo dicho antes y hubiera hablado con él, más que nada para advertirle que tuviera mucho cuidado. Una cosa es regar parcelas sin dueño, aunque con las pertinentes precauciones, por si se encuentran en mal estado, aunque no lo aparenten, o bien se adelantan las cosechas antes de temporada, y otra regar parcelas con dueño conocido porque de enterarse no suelen ver con agrado que otros les hagan ese trabajo, por más que ellos tengan descuidada la faena. ¿Me entiendes?

ASUNCIÓN: ¡Por supuesto! ¿Te crees que soy tonta? Una cosa es que no entienda bien el uso de los móviles, pero esto no es tan difícil.

ERNESTO: Pues, ¿sabes que podemos tener una papeleta respetable?

ASUNCIÓN: Claro que lo sé y miedo me da pensar en ello.

(Se oyen unos toques en la puerta. Sin esperar contestación aparece Pilar, la Enfermera. Deja la puerta abierta de par en par y atraviesa la estancia para abrir la de la habitación).

PILAR: ¡Vamos, vamos, que ya le bajan! ¿No les han avisado?

ASUNCIÓN: No, sabíamos que de un momento a otro le iban a traer, pero esperábamos que nos lo confirmasen.

ERNESTO: Asun, de momento a Gabi, ni mencionarle nada. Ya me encargaré de buscar la coyuntura idónea para hablar del caso a solas. Luego veremos lo que nos cuenta y así sabremos como tenemos que enfocar el conflicto, si es que lo hay.

ASUNCIÓN: Los conflictos..., los: tres pueden ser. ¡Madre mía! Y si aparecen por aquí esos pericos verbeneros, ¿qué les digo?

ERNESTO: Pues disimula como puedas y al mal tiempo buena cara. Si estás sola, cualquier pretexto es bueno para impedir que entren en la habitación. ¡Mira, ahí traen ya a Gabi, y eso es lo importante!

ASUNCIÓN: ¡Eso sí!, pero no te olvides del cortejo. Verás que pronto se presentan todas aquí.

(Ambos se acercan a la puerta que comunica la sala con el pasillo mientras Pilar, la Enfermera, permanece en el quicio de la del enfermo. Lentamente, entre gestos de entusiasmo de los padres, baja el telón)

FIN DEL SEGUNDO ACTO

TERCER ACTO

(Comienza este tercer acto, con el mismo decorado que los dos anteriores. En escena Pilar. La Enfermera y Asunción)

ENFERMERA: Yo creo que está muy tranquilo y animado. Cuando he llegado estaba muy entretenido hablando con su marido. Le he tomado la tensión; normal, no tiene fiebre, así que de aquí a unos días todos a casa.

ASUNCIÓN: ¡Dios la oiga! Les he dejado a solas un rato para que charlaran a placer y mientras he aprovechado para bajar a comer. De vez en cuando les viene bien desahogarse en la intimidad.

ENFERMERA: ¡Diga que sí! A los hombres hay que darles cierta libertad, pero sin soltar nunca el ramal del todo, para poder tirar de él en cuanto se note el primer atisbo de querer ir por libre, que es su querencia natural. Bueno, le dejo. Nos vemos más tarde y si necesita algo ya sabe que no tiene más que llamar.

ASUNCIÓN: ¡Gracias Pilar! Muy amable.

(Saliendo)

ENFERMERA: No hay de qué.

(Asunción cierra la puerta del pasillo, por la que ha salido la Enfermera y al darse la vuelta su esposo sale de la habitación donde se encuentra Gabi).

ASUNCIÓN: ¿Qué tal?

ERNESTO: ¡Chist!, habla bajo que le he dejado medio dormido.

(A partir de este momento, la conversación se desarrolla en un tono pretendidamente bajo).

ASUNCIÓN: Vale, ¿pero habéis hablado del tema?

ERNESTO: Sí, desde luego.

ASUNCIÓN: ¿Y qué?

ERNESTO: Pues... que no te va a gustar lo que te voy a decir.

ASUNCIÓN: ¿Tan grave es?

ERNESTO: ¡Mujer!, ¿grave?, según como se mire.

ASUNCIÓN: ¿Y de verdad que ha tenido algo que ver con las tres?

ERNESTO: ¡Ya lo creo!

ASUNCIÓN: ¡Caramba con el niño!

ERNESTO: Mejor será que te vayas olvidando eso de llamarle niño.

ASUNCIÓN: Ya, ya veo. Pero, ¿podía ser que las tres estuvieran embarazadas por su culpa?

ERNESTO: Podía, podía; ahora bien, no solo por su culpa, que ellas, llegado el caso, no se van a ir de vacío.

ASUNCIÓN: ¡Ay chico, que nerviosa me pones con esta manera de decir las cosas!

ERNESTO: Será mejor que me calle entonces.

ASUNCIÓN: No, que tampoco es eso, pero cuéntamelo todo de seguido.

ERNESTO: A eso iba, pero como me interrumpes cada poco.

ASUNCIÓN: No, ya no, pero hazlo rápido que como venga alguien y me dejes a medias me da algo.

ERNESTO: Todo empezó por la lagarta esa de Berta. Una tarde, el tonto de José Ángel, tras el entrenamiento, le pidió a Gabi que le acercara a casa la bolsa de deporte porque iba de reunión a la Federación y luego de cena. Gabi que, al fin y al cabo a pesar de tener dieciocho años, ya es todo un hombre, se vio encerrado en su casa con una mujer tan despampanante como ella, que a saber como iba vestida, pero seguro que muy provocadora como suele, y como no le hizo ascos acabaron en la cama. O sea, nada que reprochar a Gabi.

ASUNCIÓN: ¡Hombre Ernesto!

ERNESTO: ¡A ver!

ASUNCIÓN: ¿Tú lo hubieras hecho?

ERNESTO: Mejor no preguntes.

ASUNCIÓN: Vale, sigue.

ERNESTO: A partir de entonces siguieron viéndose a menudo. Pero si solo se hubiera contentado la muy zorrón con acostarse ella con Gabi, no hubiera pasado nada del otro mundo, creo que ni siquiera aunque se hubiera enterado el soplagaitas de su marido. Ya que, por otro lado, debe ser él único que no lo sabe.
Bueno, pues como te decía, Berta habla con una amiga; esa tal Marina, la de los pretendidos masajes, y le cuenta sus aventuras con nuestro hijo. Se ve que la envidia es un pecado nacional y a esta otra tontaina empieza a sentirla y le pide que se lo presente. A Gabi que le presentan a otra señora de buen ver y mejor palpar, no le hace ascos y comienza a alternar con ambas.

ASUNCIÓN: ¡Jesús bendito! ¿Y eso nuestro hijo Gabi? ¡No me lo puedo creer!

ERNESTO: Pues créetelo que es cierto.

ASUNCIÓN. Además entrenaba, estudiaba...

ERNESTO: Lo de estudiar menos; ya vimos los resultados, pero entrenar, jugar y... lo otro, sin problemas. Son dieciocho años, encima muy bien alimentado.
La verdad es que no se lo reprocho. Lo único, como le he dicho antes a él, es el que no tomara precauciones o se preocupara de que las tomaran ellas.

ASUNCIÓN: ¿Y que dice ahora a eso?

ERNESTO: Que tengo razón, pero nunca pensó sabiendo que eran mujeres mayores que él, bien situadas en la vida o por lo menos con buen nivel, no tomaran precauciones. Le dio un poco reparo hablar de ello.

ASUNCIÓN: ¡Hay que fastidiarse con esta juventud! O sea, para nada les da reparo acostarse con una mujer, pero preguntar si. Digo yo, que cuando se tiene vergüenza, se tiene para todo, ¡corcho!

ERNESTO: ¡Bah!, que van a lo suyo y ahora todo son disculpas.

ASUNCIÓN: ¿Y lo de la Profe?, que mira que tiene delito, también, esa.

ERNESTO: Según Gabi, con Emilia empezó porque le quiso gastar una broma

en un ejercicio de redacción, pues ella en el Instituto tiene fama de seria y distante. Se lo tomó en serio y Gabi le siguió el rollo y cuando quiso darse cuenta estaba en su casa. Pero fíjate, que esta chica hasta ha ido a Valencia, tras él. Estuvo solo dos días.

ASUNCIÓN: ¿Pero durmió en el apartamento de Gabi?

ERNESTO: Dormir dormir, supongo que algo dormirían, pero que se acostó con él, ni lo dudes.

ASUNCIÓN: ¡Jolines que descaró! Pero esta chica que es, ¿soltera, casada, separada, viuda o...?

ERNESTO: Es soltera, pero tuvo un novio musulmán hace mucho, uno que fue su profesor de piano y tuvieron una hija que ahora tiene seis o siete años. Pero no llegaron a casarse por problemas de religión, me parece que me ha dicho Gabi.

ASUNCIÓN: ¿Y ahora que vamos a hacer?

ERNESTO: En eso tiene razón Gabi, que parece que lo del golpe en la cabeza no le ha hecho mella, porque razona la mar de bien. Dice, y con razón, que él no niega que se haya acostado con las tres, pero lo de que sea responsable de sus embarazos está por ver. Primero, que la que esté interesada pida una prueba de paternidad. Después, habrá que ver el interés de cada una.

ASUNCIÓN: Pero Gabi, ¿se inclina por alguna en concreto?

ERNESTO: ¿Te refieres, como para unirse a ella?

ASUNCIÓN: Sí, claro, ¿a qué otra cosa me voy a referir?

ERNESTO: Bueno, no es que me lo haya confesado así de claro, pero Gabi, si ella no estuviera de verdad embarazada, con la que no tendría el menor inconveniente en seguir viéndose es con Berta.

ASUNCIÓN: ¿Con esa lagarta?

ERNESTO: De acuerdo que es una lagarta, pero está muy buena; eso hay que reconocerlo.

ASUNCIÓN: Pues nada hijo, a ver si prospera la moción y os la repartís padre e hijo. No creo que tengáis problema de agenda; sobre todo con su marido.

ERNESTO: No desvaríes. Una cosa es reconocer que como hembra está muy bien, pero lo demás está fuera de lugar.

ASUNCIÓN: ¿Pero ahora que hacemos si vienen?

ERNESTO: ¡Ah, no!, eso lo tiene Gabi muy claro. Que pasen a verle y si sacan el tema, él sabe como tratar a cada una. Confianza con ellas ya tiene, ¿no crees?

(Suenan unos golpecitos en la puerta)

ERNESTO: ¡Adelante!

(Entra José Ángel)

JOSÉ ÁNGEL: ¡Con permiso! ¡Buenas tardes!

ERNESTO: ¡Buenas tardes José Ángel!, ¿qué se cuenta?

ASUNCIÓN: ¡Hola, buenas tardes!

JOSÉ ÁNGEL: Creo que hay buenas noticias, ¿no?

ERNESTO: ¡Y tanto!, como que ya está aquí en la habitación. Lo que pasa es que estaba un poco amodorrado y le hemos dejado descansar un rato, pero puede que ya esté despierto.

ASUNCIÓN: Voy a ver.

JOSÉ ÁNGEL: Por favor, no le despierte por mi culpa, que yo puedo venir en otro momento.

ASUNCIÓN: Descuide.

(Entra en la habitación)

JOSÉ ÁNGEL: ¿Cuándo le han bajado?

ERNESTO: Esta misma mañana.

JOSÉ ÁNGEL: Entonces ya no existe preocupación, ¿es así?

ERNESTO: Bueno, mientras uno está aquí no está tranquilo del todo, pero si, afortunadamente todo ha quedado en un soberano susto.

(Sale Asunción)

ASUNCIÓN: Pase si quiere José Ángel, ya se despertó hace un rato.

JOSÉ ÁNGEL: Bien, solo le saludo y me marchó enseguida porque he dejado a Berta hospitalizada. Creo que vamos a perder el niño.

ASUNCIÓN: ¡No me diga!

ERNESTO: ¿Pero que ha pasado?

JOSÉ ÁNGEL: Nada anormal, en apariencia, pero anoche empezó a manchar y a sentirse algo mal, por lo que sin pensármelo dos veces y como ella trabaja de Enfermera en otro Hospital, la llevé allí y se ha quedado en observación, pero las primeras impresiones son poco optimistas.

ERNESTO: ¿Cómo se encuentra ella?

JOSÉ ÁNGEL: La verdad es que no está tan mal, pero es que Berta es una mujer muy animosa y enseguida sabe poner al mal tiempo buena cara. Fíjense, que ha sido ella la que ha insistido, para que me acercara un momento a ver a Gabi. Se ve que le aprecia mucho.

ERNESTO: Eso seguro, que ya lo hemos notado estos días aquí, pero pase, pase. Le dejamos solo con Gabi, así hablan mas a gusto.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Muchas gracias!

(Entra)

ASUNCIÓN: ¡Vaya sorpresa!

ERNESTO: ¡Desde luego, desde luego! ¡Quién lo iba a decir! No es que me alegren las desgracias de nadie, pero te juro que no me siento nada mal, eh; pero que nada mal.

ASUNCIÓN: Yo tampoco, pero menudo peso nos hemos quitado de encima.

ERNESTO: Cierto, pero esto en realidad era un novillo, aún nos aguardan dos “morlacos” en el chiquero. Habrá que tener la mano izquierda preparada.

ASUNCIÓN: ¿Cuál te preocupa más?

ERNESTO: Pues no se que te diga, porque la masajista parece la más débil, pero no te fies de los mansos y menos de las mujeres rebotadas.

ASUNCIÓN: Bueno rebotada, pero hace mucho tiempo que se separó y tiene dos hijos. Está bien colocada como Enfermera y se gana un sobresueldo con eso de los masajes.

ERNESTO: Eso si. Hablando de los masajes, después de lo que nos ha comentado José Ángel de lo de Berta, estoy por no hablarle de lo de los masajes de Marina, al menos por ahora, ¿a ti que te parece?

ASUNCIÓN: Si, puede que no sea oportuno. Tiempo hay y podemos esperar a ver como se decanta lo demás. Al fin y al cabo Gabi ya nos lo ha aclarado bastante.

ERNESTO: Eso creo yo.

(Suenan unos golpes en la puerta de entrada, se abre ésta y asoma el rostro de Emilia)

EMILIA: ¿Se puede?

ERNESTO: Pase, pase Emilia.

(Entra)

EMILIA: ¡Hola, buenas tardes!

ASUNCIÓN: ¡Buenas tardes Emilia!

ERNESTO: ¿Qué, ya lo sabes?

EMILIA: No, ¿el qué?

ASUNCIÓN: ¡Mujer, ¿que va a ser?, que Gabi ya está en la habitación!

EMILIA: ¡Qué alegría!, sobre todo por lo que significa.

ASUNCIÓN: ¡Gracias!

ERNESTO: ¡Ni lo dudes!

EMILIA: Entonces, ¿puedo entrar a verle?

ERNESTO: Si, no hay problema pero tendrás que esperar un poco, no creo que mucho, porque está José Ángel, pero venía con algo prisa, creo.

EMILIA: ¡Ah, no importa!, sabiendo que ya está aquí espero lo que haga falta.

ASUNCIÓN: Se ve que aparte de ser su Profesora, le has cogido cariño.

EMILIA: Pues si, y lo curioso que ha sido sobre todo en estos últimos meses porque la verdad es que hasta ahora parece que nos ignorábamos, sin embargo, ya casi al final, ha habido un acercamiento que nos ha ayudado a entendernos mucho mejor.

ERNESTO: Mala suerte que haya que tener que ser al final, ¿no?

EMILIA: La verdad es que en esta vida nunca se sabe bien dónde está el final de las cosas. A veces es mejor que no haya final y otras que éste llegue cuanto antes. La vida en general suele ser bastante complicada de por si, pero muchas otras veces parece que somos nosotros los que nos empeñamos en complicarla aún más.

ERNESTO: Vaya, ha venido muy filosófica.

EMILIA: No lo crea, soy así. Me gusta reflexionar sobre las cosas.

ASUNCIÓN: ¿Y eso es bueno o es malo?

EMILIA: Pues yo diría que ni bueno ni malo, porque depende mucho de las conclusiones a las que llegues. Por otra parte es la forma de ser de cada uno, que apenas permite alteraciones. No creo que se trate de una especie de herencia genética, pero muy lejos no le anda.

(Se abre la puerta de la habitación y aparece José Ángel, que la cierra tras de si)

JOSÉ ÁNGEL: La verdad es que le veo fenomenal. No me esperaba encontrarlo tan bien. *(Reparando en Emilia)* ¡Ah, hola Emilia!

EMILIA: ¿Qué tal José Ángel? ¿Y Berta, no ha venido?

JOSÉ ÁNGEL: No, ¿no le han comentado nada?

ERNESTO: Si apenas nos ha dado tiempo a hablar. Acaba de llegar.

EMILIA: ¿Qué es lo que me tenían que comentar?

JOSÉ ÁNGEL: Pues nada, que Berta está ingresada y es casi seguro que pierda el bebé. Ahora voy al hospital a verla.

EMILIA: ¡Vaya por Dios, cuánto lo siento! Dale muchos recuerdos de mi parte.

JOSÉ ÁNGEL: Gracias, se los daré. Bueno; lo dicho, que me alegro mucho de la excelente recuperación.

(Se acerca a la puerta para salir y le acompañan los padres de Gabi).

ERNESTO: ¡Muchas gracias por venir y dígame a su esposa que le deseamos una feliz recuperación.

ASUNCIÓN: Eso, y que descanse y se olvide cuanto antes de este mal trago. Ustedes son jóvenes tienen mucho tiempo por delante para intentarlo de nuevo.

JOSÉ ÁNGEL: ¡Ya veremos, ya veremos! Gracias y hasta pronto.

(Se marcha y se quedan solos en la habitación los tres)

ERNESTO: Voy a decirle a Gabi que ha venido usted.

EMILIA: Muy bien, gracias.

(Entra en la habitación)

ASUNCIÓN: Ya ha sido mala suerte lo de estos chicos.

EMILIA: Sí, además ha debido ser por sorpresa porque no habían no les oí comentar que estuvieran preocupados ni nada. Parecía que todo marchaba bien.

ASUNCIÓN: Nosotros tampoco sabíamos que algo fuera mal, hasta que esta tarde ha venido José Ángel y nos lo ha contado.

(Sale Ernesto de la habitación de su hijo)

ERNESTO: Disculpe, ya puede pasar, es que estaba hablando por teléfono.

EMILIA: No se preocupe, gracias.

(Entra)

ERNESTO: Estaba hablando con Marina, la masajista.

ASUNCIÓN: ¿Ha llamado ella?

ERNESTO: ¡Claro, mujer!

ASUNCIÓN: ¿Y sabes algo?

ERNESTO: Me ha dicho Gabi que luego me lo comentará con detalle, pero lo esencial es que ella se ha querido hacer fuerte y al ver que Gabi no estaba por la labor de transigir, por lo menos hasta que la criatura naciera y le hicieran las pruebas del ADN, a pesar de que no era partidaria del aborto, le ha pedido que se haga cargo de los gastos.

ASUNCIÓN: ¿Y qué ha dicho él?

ERNESTO: Pues le ha contestado muy bien, me ha gustado lo que le ha dicho. No se hace cargo de los gastos del aborto, porque eso sería tanto como consentir en que es el padre de la criatura por nacer, pero que no tiene inconveniente en ingresarle en su cuenta una cantidad razonable, justificada como una serie de masajes especiales. Eso sí, con factura. ¡Ha salido listo el chaval!

ASUNCIÓN: Bueno, bueno, no creas que yo me siento tan orgullosa.

ERNESTO: ¡Toma ni yo!, pero podía haber sido mucho peor.

ASUNCIÓN: ¡Claro!, y mejor, sobre todo si no se hubiera metido en camisa de once varas.

ERNESTO: Asun, comprende que ya no es un niño, que se le empiezan a despertar sus apetitos carnales y que ya ves como a estos chicos que comienzan a despuntar, les llueven las oportunidades...

ASUNCIÓN: ¡Zarandajas, déjate de historias! Todo es cuestión de saber que cada cosa tiene su tiempo y hay que saber esperar a que éste llegue. Mas le valía haber sentido la necesidad de estudiar mucho, aprender y así hubiera sabido como hay que comportarse. Y tú no le apoyes tanto, porque así el niño se crece y en poco tiempo estamos en las mismas. Ahora, que deja que se recupere, y cuando estemos solos en casa ya voy a tener una charla con él, para que sepa que no todo el monte es orégano en la vida.

ERNESTO: ¡Bah!, tú no te metas ahora con él, que antes bien que le echabas la culpa a las pericos verbeneros éstas, como las llamabas antes.

ASUNCIÓN: A ver si me entiendes. Una cosa es que crea que estás mujeres

tienen su buena parte de culpa, y desde luego no apruebo su conducta, lo no quita para que me parezca muy mal lo que ha hecho Gabi. La forma en que se comporten ellas es su responsabilidad, pero de lo que haga nuestro hijo, aún es nuestra, ¿estamos?.

ERNESTO: Relativamente...

ASUNCIÓN: No hay relatividad que valga. Vamos a ser serios, que no se puede utilizar la ley a conveniencia de cada uno. Esto se lo tenemos que dejar muy claro a Gabi y aunque ahora se va a vivir a Valencia, razón de más para tenerlo muy presente. Y espérate que esto no ha acabado todavía, que le queda lidiar con la Profesora y ya veremos por donde sale esa.

ERNESTO: No, si yo tampoco las tengo todas conmigo.

(Se abre la puerta de la habitación y aparece Emilia. Los padres de Gabi, se miran expectantes, pero no ven en ella ningún signo que les de una pista sobre lo ocurrido dentro).

EMILIA: Bien, yo me marcho. Ya me he despedido de Gabi también. No sé como decírselo, aunque en realidad deberíamos haberlo hecho los dos juntos, pero no para de recibir llamadas, y la verdad es que tampoco pasa nada porque lo haga yo sola. Veamos. estoy segura que ya saben que estoy esperando un hijo de él. ¿no es así?

ERNESTO: Bueno, sabíamos que estaba esperando un hijo, pero que fuera de Gabi, pues ¿qué quiere que le diga?, y no se ofenda, pero a nosotros no nos consta, no sabemos si a él...

EMILIA: Si, por más que se permita albergar dudas, pero yo sé que solo es un rasgo de irresponsabilidad fruto de su inmadurez, para no aceptar las consecuencias. No importa; no he venido aquí a pedirle nada, tan solo a comunicarle el hecho fehaciente y no me afecta que ustedes lo crean o no; ni siquiera él. Se muy bien con quién hago el amor, lo que tal vez me haya fallado en esta ocasión es no medir la capacidad humana del individuo. Quizás, y es su mérito; no se lo niego, supo obnubilar mi mente y me hizo creer que era amor. Yo si puse mucho amor y creí ser correspondida, pero no importa, desde muy joven he sabido asumir mis errores. Es una cuestión de principios, de formación y eso se vende muy caro.

ERNESTO: No se trata de que dudemos de usted, pero entendemos que es un

asunto muy delicado y no debemos intervenir porque se trata de asuntos muy personales y tienen que resolverlas entre los interesados, ¿comprende?

EMILIA: ¡Ah!, ¿y ustedes no están interesados? ¡Qué curioso!

ASUNCIÓN: Perdón, pero no la entiendo y creo que mi marido tampoco.

EMILIA: Ya; ya lo veo, sin embargo es bastante sencillo. Resulta que este embrión que llevo en mis entrañas, y al que no voy a renunciar por nada del mundo, porque él no tiene la culpa de haber sido engendrado por un padre irresponsable, pero desde luego de la madre no va a tener queja; pues sí, esta personilla en potencia, resulta que, les guste o no, va a ser su nieto pero, al parecer, eso no les dice a ustedes nada.

ERNESTO: ¡Mujer!, es una forma de hacernos chantaje sentimental.

EMILIA: ¡Perdón, pero que estúpidos son!, ahora comprendo a Gabi. ¿Cómo se les ocurre hablarme de chantaje cuando yo no he venido a negociar nada, no les he pedido nada y sin embargo les he venido a ofrecer la posibilidad de que conozcan el día de mañana a su nieto. ¿Lo entienden?, ¿entienden por qué me parecen estúpidos, cuando no comprenden la diferencia entre dar y pedir? Yo no negocio con un hijo; no es mi estilo.

ASUNCIÓN. Disculpe, a lo mejor no nos hemos sabido expresar...

EMILIA: Ya ve, sin embargo yo creo que se han expresado muy bien, solo que han dicho lo que pensaban pero no han pensado lo que decían; pasa a menudo.

ERNESTO: Usted se siente humillada por Gabi y ahora pretende humillarnos a nosotros.

EMILIA: ¡Ni mucho menos! La venganza no es mi fuerte. Fíjense hasta que punto, que me va a costar mucho trabajo olvidar, entre otras cosas porque no voy hacer nada porque ocurra, el mejor momento que he pasado con Gabi. Me van a permitir que se lo cuente antes de marcharme. Es un recuerdo un poco íntimo, pero lo pueden escuchar perfectamente sin escandalizarse. Seguro que les va a ayudar a conocerme mejor, aunque eso ya no tenga importancia. Ocurrió el primer día que Gabi subió a casa, habíamos hecho el amor y estábamos en la cama reposando un poco y le sugerí enseñarle el piso. Salimos de la cama tal cual estábamos y así

recorrimos las habitaciones, hasta que llegamos a la que tengo destinada a biblioteca y en donde está el piano. No sabía que tocase el piano y le sorprendió mucho. Me senté en el taburete y toqué para él unos cuantos temas. Me rodeó el cuerpo con sus brazos y me sentí la mujer más feliz del mundo: Rodeada de libros; una de mis grandes pasiones, envuelta en un ambiente musical; también, otra de mis grandes pasiones y envuelta en una nube de amor. Sencillamente inolvidable.

Bien, les dejo. Disculpen si les he molestado, a veces soy un poco vehemente. Tengo que aprender a controlarme. ¡Adiós, buenas tardes!. ¡Ah!, descuiden, a su nieto, nunca les contaré esta conversación.

(Abre la puerta y sale al pasillo ante la mirada estupefacta de Asunción y Ernesto, que se miran perplejos)

ASUNCIÓN: Ernesto, ¿y si nos hubiéramos equivocado con esta mujer?

ERNESTO: Eso mismo estoy pensando desde hace un rato. No es lo que parece, pero sí parece lo que es. ¿Qué quieres que te diga?, no me quedo a gusto yo tampoco.

ASUNCIÓN: Lo mismo me pasa a mí. ¿Por qué no vas a buscarla? No creo que esto deba acabar así.

ERNESTO: Voy; no debe andar muy lejos.

(Va hacia la puerta y nada más abrirla comienza a llamar a Emilia a gritos, saliendo de la salita)

¡Emilia!, ¡Emilia!, ¡espere, por favor, Emilia!

(La voz de Ernesto se pierde en el vacío y solo se oye el eco de ella, mientras el telón baja porque la función ha terminado)

FIN DEL TERCER ACTO

FIN DE LA COMEDIA

Terrón de tierra
Torrelodones, 13 de Septiembre de 2.007